

La lengua; su definición

¿Cuál es el objeto a la vez íntegro y concreto de la lingüística? La cuestión es particularmente difícil; limitémonos ahora a hacer comprender esta dificultad.

Otras ciencias operan sobre objetos dados de antemano y que pueden considerarse luego desde diferentes puntos de vista; en nuestro campo no ocurre eso. Algún pronuncia la palabra francesa *nu*: un observador superficial estaría tentado a ver en ella un objeto lingüístico concreto, pero un examen más atento hará ver sucesivamente tres o cuatro cosas completamente diferentes, según la manera en que se la considere: como sonido, como expresión de una idea, como correspondiente del latín *nudum*, etc. Lejos de preceder el objeto al punto de vista, se diría que es el punto de vista quien crea el objeto, y además nada nos dice de antemano que una de esas maneras de considerar el hecho en cuestión es anterior o superior a las otras.

Por otro lado, cualquiera que sea la que se adopte, el fenómeno lingüístico presenta perpetuamente dos caras que se corresponden; además, cada una de ellas sólo vale gracias a la otra. Por ejemplo.

1°. Las sílabas que se articulan son impresiones acústicas percibidas por el oído, pero los sonidos no existirían sin los órganos vocales; así, una *n* no existe más que por la correspondencia de esos dos aspectos. Por tanto, no se puede reducir la lengua al sonido, ni separar el sonido de la articulación bucal; y a la recíproca, no se pueden definir los movimientos de los órganos vocales si se hace abstracción de la impresión acústica.

2°. Admitamos, sin embargo, que el sonido sea una cosa simple: ¿es él quien hace el lenguaje? No, no es más que el instrumento del pensamiento y no existe por sí mismo. Surge ahí una nueva y temible correspondencia: el sonido, unidad compleja acústico-vocal, forma a su vez con la idea una unidad compleja, fisiológica y mental. Y esto no es todo aún.

3°. El lenguaje tiene un lado individual y un lado social, y no puede concebirse uno sin el otro. Además:

4°. En cada instante implica a la vez un sistema establecido y una evolución; en cada momento, es una institución actual, y un producto del pasado. A primera vista parece muy sencillo distinguir entre este sistema y su historia, entre lo que es y lo que ha sido; en realidad, la relación que une esas dos cosas es tan estrecha que cuesta mucho separarlas. ¿Sería más sencilla la cuestión si consideráramos el fenómeno lingüístico en sus orígenes, sí, por ejemplo, se comenzara estudiando el lenguaje de los niños? No, porque es una idea completamente falsa creer que en materia de lenguaje el problema de los orígenes difiere del problema de las condiciones permanentes; no hay manera, pues, de salir del círculo.

Así, sea el que fuere el lado desde el que se aborda la cuestión, en ninguna parte se ofrece a nosotros el objeto íntegro de la lingüística; por todas partes volvemos a encontrar este dilema: o bien nos aplicamos a un solo lado de cada problema, y entonces corremos el riesgo de no percibir las dualidades señaladas más arriba, o bien, si estudiamos el lenguaje por varios lados a la vez, el objeto de la lingüística se nos aparece como un amasijo confuso de cosas heteróclitas sin vínculo entre sí. Procediendo de este modo se abre la puerta a varias ciencias -psicología, antropología, gramática normativa, filología etc.-, que nosotros separamos netamente de la lingüística, pero que, aprovechando un método incorrecto, podrían reivindicar el lenguaje como uno de sus objetos.

A nuestro parecer no hay más que una solución a todas estas dificultades: hay que situarse desde el primer momento en el terreno de la lengua y tomarla por norma de todas las demás manifestaciones del lenguaje. En efecto, entre tantas dualidades sólo la lengua parece ser susceptible de una definición autónoma y proporciona un punto de apoyo satisfactorio para el espíritu.

Pero, ¿qué es la lengua? Para nosotros, no se confunde con el lenguaje; no es más que una parte determinada de él, cierto que esencial. Es a la vez un producto social de la facultad del lenguaje y un conjunto de convenciones necesarias, adoptadas por el cuerpo social para permitir el ejercicio de esta facultad en los individuos. Tomando en su totalidad, el lenguaje es multiforme y heteróclito; a caballo de varios dominios, a la vez físico, fisiológico y psíquico, pertenece además al ámbito individual y al ámbito social; no se deja clasificar en ninguna categoría de los

hechos humanos, porque no se sabe cómo sacar su unidad.

La lengua, por el contrario, es un todo en sí y un principio de clasificación. Desde el momento en que le damos el primer puesto entre los hechos de lenguaje, introducimos un orden natural en un conjunto que no se presta a ninguna otra clasificación.

A este principio de clasificación se le podría objetar que el ejercicio del lenguaje descansa en una facultad que tenemos de la naturaleza, mientras que la lengua es una cosa adquirida y convencional, que debería estar subordinada al instinto natural en vez de imponerse a él.

Se puede responder lo siguiente:

Primero, no está probado que la función del lenguaje, tal como se manifiesta cuando hablamos, sea enteramente natural, es decir, que nuestro aparato vocal esté hecho para hablar como nuestras piernas para andar. Los lingüistas se hallan lejos de estar de acuerdo en este punto. Así, para Whitney, que asimila la lengua a una institución social en igualdad de condiciones a todas las demás, es por azar, por simples razones de comodidad por lo que nos servimos de aparato vocal como instrumento de la lengua: los hombres habrían podido escoger de igual modo el gesto y emplear imágenes visuales en lugar de imágenes acústicas. Indudablemente, esta tesis es demasiado absoluta; la lengua no es una institución social en todo punto semejante a las demás; además, Whitney va demasiado lejos cuando dice que nuestra elección ha recaído por azar en los órganos vocales; en cierto modo, nos estaban impuestos por la naturaleza. Pero en el punto esencial el lingüista americano tiene razón a nuestro parecer: la lengua es una convención, y la naturaleza del signo en que se ha convenido es indiferente. La cuestión del aparato vocal es, por tanto, secundaria en el problema del lenguaje.

Cierta definición de lo que se denomina *lenguaje articulado* podrían confirmar esta idea. En latín *articulus* significa "miembro, parte, subdivisión en una serie de cosas"; en materia de lenguaje, la articulación puede designar o bien la subdivisión de la cadena hablada en sílabas, o bien la subdivisión de la cadena de las significaciones en unidades significativas: en este sentido se dice en alemán *geglederte Sprache*. Ateniéndonos a esta segunda definición, podría decirse que no es el lenguaje hablado lo que es natural en el hombre, sino la facultad de constituir una lengua, es decir, un sistema de signos distintos que corresponden a ideas distintas.

Broca ha descubierto que la facultad de hablar está localizada en la tercera circunvolución frontal izquierda; también en esto se han apoyado algunos para atribuir al lenguaje un carácter natural. Pero se sabe que esta localización ha sido comprobada para todo lo que se refiere al lenguaje, incluida la escritura, y esas comprobaciones, unidas a las observaciones hechas sobre las diversas formas de afasia por lesión de estos centros de localización, parecen indicar: 1° que las diversas perturbaciones del lenguaje oral están entrelazadas de cien maneras con las del lenguaje escrito; 2° que en todos los casos de afasia o de agrafia, lo afectado no es tanto la facultad de proferir tales o cuales sonidos o de trazar tales o cuales signos como la de evocar mediante un instrumento, sea el que fuere, los signos de un lenguaje regular. Todo esto nos lleva a creer que por encima del funcionamiento de los diversos órganos existe la facultad lingüística por excelencia. Y por ahí llegamos a la misma conclusión antes señalada.

Para atribuir a la lengua el primer puesto en el estudio del lenguaje, se puede finalmente hacer valer el siguiente argumento: que la facultad natural o no de articular palabras sólo se ejerce con ayuda del instrumento creado y suministrado por la colectividad; no es, por tanto, quimérico decir que es la lengua la que hace la unidad del lenguaje.

FERDINAND DE SAUSSURE
(1857-1913) Filólogo suizo. Autor de «Curso de Lingüística General»